



Servidumbre y literatura: entre apocalipsis y revelación

por Dante Liano

Imagino que, al observar el tema de este congreso, alguno de nosotros ha incurrido en el ameno ejercicio de buscar la etimología de “apocalipsis”. Puedo imaginar, también, que quien me ha precedido ya ha mostrado, a los concurrentes, esa revelación. Debo confesar que busqué, sin éxito, en la edición para lectores pobres de Corominas, dicho vocablo, pero Corominas pasa de “aplaudir” a “apodar”, y deja en medio “apocado”, y “apócope”, palabras lejanas y poco prestigiosas, realmente apocadas delante de la elegancia ecuestre del término “apocalipsis”. Encontré satisfacción en Covarrubias, quien explica con amplitud la significación tal palabra griega.¹ Luego de lo cual, puedo certificar la afirmación de Borges: “Imaginar que en la etimología se cifran ocultas y preciosas verdades es notoriamente un error, ya que las palabras son símbolos casuales e inconstantes” (2011: 132).

Al terminar la lectura de *La sirvienta y el luchador*, de Castellanos Moya (2011), me vino a la mente, casi como una *revelación*, la imagen de la sirvienta del General

¹ Dice Covarrubias, en el lema “Apocalypsis”: “Vale revelación; latino *revelatio*; es nombre griego: ἀποκαλιπσις, ιος, α verbo ἀποκαλιπτω. Reveló el bienaventurado San Juan Evangelista y intituló su revelación con este nombre y el intérprete latino, por la energía que en sí tiene, se le dexó en el mesmo idioma, y pudiendo bolver *Revelatio Iesu Christi*, dixo *Apocalypsis Iesu Christi...*” ([1621]1979: 132).



Canales. Sucede en *El señor presidente*, de Asturias (2000: 103-106). Los sicarios del gobernante asaltan la casa de Canales, quien escapa al exilio y deja en el abandono a Camila, su hija, protegida por la doméstica. Lucio Vásquez, esbirro de la policía, con tal de atrapar a Camila, le da un barretazo a la *Chabela*, interpuesta entre él y la niña, y le abre la cabeza. Lo que resta de la noche al alba, la mujer vaga, con infeliz delirio, por la casa saqueada y destrozada. Cree, en su desvarío, que Camila está jugando al "tuero", al escondite. Y va recitando la cantilena infantil: "Tuero... tuero... ya voy con tamaño cuero..." El alba la sorprende en el patio y, puesto que la espaciosa casa señorial tiene una pila grande, la *Chabela* se asoma. Se asusta al ver, en el agua, el reflejo de una anciana despeinada, sangrante, enloquecida. Un brusco movimiento y las espinas del rosal le arrancan los ojos. Cree que ha sido Camila, y cree que su protegida, según el ritual del juego infantil, le cubre dolorosamente los ojos con las manos. "Tuero...tuero... ya voy con tamaño cuero", recita, como es de rigor. Pero el falso apretón de Camila no la abandona. En ese estado la encuentra la niña Fedina Rodas: en agonía, hecha un Cristo, sin que la visitante sepa que está viendo la premonición de su propia muerte próxima.

La *Chabelona* representa una figura cuyo destino la relega a no ser nunca la protagonista de la acción. La nana, la sirvienta, la doméstica, la "chacha", la "gata", la mucama, la niñera, el aya, la tata, la criada, la camarera, el ama, la "cholera", se encuentran en todas partes, y al mismo tiempo, gozan del carisma de la invisibilidad. En el caso de la *Chabela*, es la nodriza de la protagonista, y en el momento de peligro, su inútil defensora. Da la vida por su patrona, aunque la patrona no advierta su existencia. El destino del criado, de antigua ascendencia en la literatura española, particularmente en el teatro, es singular y secundario. El servidor, por ser masculino, tiene mayor prestigio que la doméstica. Piénsese que hay un solo escudero, servidor de un alto caballero, que es el escudero por excelencia de la literatura española. Y que existen mayordomos, pero ninguna mujer asciende a tal categoría. Recuerdo a la altanera Poncia, de *La casa de Bernarda Alba* ([1936] 2005), pero ese es otro cantar.

Quizá convenga regresar a la figura que da origen a estas especulaciones. La última novela de Castellanos Moya posee la misma característica de la mayoría de sus trabajos: el dominio del ritmo narrativo provoca una sucesión muy rápida de acciones, como si se tratara de breves relatos con final de efecto, y ese efecto de sorpresa provoca el deseo de no abandonar la lectura. El ansia de terminar y saber el final.

Los dos personajes centrales, la sirvienta, María Elena, y el luchador, el Vikingo, provienen de una novela anterior, *Tirana memoria* (2010), y aquí adquieren relieve. Los encontramos ancianos, cansados y ya habituados a la violencia cotidiana en El Salvador.

Detengámonos un momento en el luchador. Durante algún tiempo, un tiempo previo a la hegemonía de la televisión, los deportistas de lucha libre eran parte del imaginario infantil de los centroamericanos. Alguno se volvió famoso gracias a las fotonovelas. Se llamaba el Santo, y era una respuesta mexicana, es decir, modesta,



pobre, kitsch y en blanco y negro, a los coloridos superhéroes norteamericanos. Quizá por eso el Santo tenía tantos seguidores entre los niños mesoamericanos. No tenía superpoderes, no poseía automóviles de lujo, no tenía enamoradas rubias o pelirrojas, no provenía de ningún planeta extraño sino de un barrio del Distrito Federal. Era, con toda simplicidad, nuestro.

Como el Santo, muchos luchadores locales se rifaban máscara contra cabellera en los fines de semana. Los niños más afortunados los iban a ver al gimnasio. Los menos, leían en los periódicos las crónicas de los encuentros. Tenían nombres de fantasía y habría sido una ordinariéz publicar los de bautismo. Podían llamarse “El Águila Solitaria”, “Maciste”, “Ulises”, “Espartaco” o, como el protagonista de la novela de Castellanos, “el Vikingo”. Algunos tenían máscara; otros, cabellera. Su mundo reducido no albergaba intermediaciones conceptuales. O se era técnico (bueno) o se era rudo (malo). O se ganaba o se perdía. Cuando la lucha era extrema, era máscara contra cabellera, sin árbitro y sin caídas. El castigo era la humillación: perder la máscara y mostrar el basto rostro mestizo, mediocre como el de un mediocre cargador de bultos en el mercado; perder la cabellera bíblica, y quedar desnudo, sin la aureola mágica de la fuerza y el poder.

Fuera de la fantasía de los niños, poblada de héroes y malvados, los luchadores eran pobres diablos cuyo fracaso en las artes liberales los habían empujado al simulacro deplorable de las artes marciales. Obtusos, semianalfabetos, alcoholizados, con gran frecuencia eran colaboradores de la policía, o sicarios a sueldo, más o menos lo mismo. Algunos fueron torturadores, en los años de la guerra.

Por eso no es descabellado el personaje inventado por Castellanos, con el exceso naturalista de adjudicarle un cáncer terminal de estómago, que está acabando con su vida. El Vikingo pertenece al equipo de torturadores de un cuartel céntrico de El Salvador, solo que ya sin el rango que tenía en épocas pasadas. La acumulación de casualidades, uno de los recursos mayores de esta novela, lo hace encontrar a María Elena, la sirvienta, de quien había estado enamorado, infructuosamente, hacía muchos años. Ahora, en plena agonía, intenta todavía conquistarla. Le pregunta: “Usted, ¿por qué nunca quiso conmigo?” Y ella comenta: “Todos los hombres son iguales: nunca se resignan” (2011: 86).

La señora recorre la novela en calidad de testigo. ¿Habrá querido Castellanos Moya representar el estatus permanente de las sirvientas a través de esta elaborada alegoría? María Elena, pese a su ancianidad, pese a que un zapato le está haciendo una llaga en el pie, pese a que se requiere la intervención de un azar deliberadamente manipulado por el narrador, logra estar presente en todas las acciones importantes del relato. Su característica principal: no como protagonista, siempre como observadora. Con el rol exacto que las sirvientas tienen en la vida centroamericana. Quizá la cualidad mayor de María Elena es una condición que Heinrich Böll en *Retrato de Grupo con Señora* ([1971] 2011) atribuye a la mayoría de las mujeres: tienen el talento de la compasión (*Retrato de grupo con señora*). Su deambular por las calles inicia porque



teme, razonablemente, por la suerte de sus patronos; hace un largo viaje a la periferia para buscar al Vikingo, y cuando lo encuentra en su lecho de enfermo, no obstante la pestilencia, la repugnancia y el pésimo recuerdo, lo auxilia; descubre, por último, que su nieto está metido en la guerrilla. Todo ello la convierte en una *mater dolorosa*, errante por las calles de San Salvador. Si el tono de la descripción arriesga el dramatismo, se debe a que la novela así plantea la situación. Y, también, a que la situación era esencialmente trágica.

Tal vez convenga, entonces, aproximarnos a un texto más ligero, en el sentido que Calvino (1988) daba a esa categoría. Se llama "Las criadas" y proviene de *Movimiento perpetuo*, de Tito Monterroso (1972). Como sucede muchas veces con los escritos de Monterroso, una lectura literal resulta imposible. Quizá la esencia de la ironía sea decir algo con la intención de que el interlocutor interprete otra cosa. Decir algo que si el interlocutor interpreta literalmente lo haga quedar por lo menos como un ingenuo. Y dejar al interlocutor con la duda de si la doble o triple interpretación era justa, mientras quizá el autor solo quería decir lo que literalmente dijo. Un perverso juego de inteligencia, humor o perfidia.

Monterroso declara, primero, su amor a las sirvientas, declaración que intuimos falsa: "Amo a las sirvientas por irreales, porque se van, porque no les gusta obedecer, porque encarnan los últimos vestigios del trabajo libre y la contratación voluntaria y no tienen seguro ni prestaciones ni;" (1972: 95). El texto, breve, desarrollará estas premisas. La "irrealidad" que les atribuye Monterroso podría interpretarse como esa cualidad que Castellanos Moya realzaba: la de testigos mudos. La sirvienta está siempre presente, tiene que estar en casa, y, contemporáneamente, es como que si no estuviera. Su ajetreo es transparente y silencioso. Esa invisibilidad de lo sólido (su solidez se hace patente el día que no hay sirvienta en casa) las hace irreales, fantasmales, aparentemente inocuas. Puede observarse también que el verbo "amar" es impúdico, desfachatado, cínico. Monterroso usa "amar" en un sentido muy genérico, como raras veces se usa en español. Está en lugar de "me gustan, me agradan". Un escritor tan cuidadoso como el nuestro habrá lentamente sopesado sus palabras, y habrá querido jugar esta broma al lector. Habrá querido advertirlo que se iba a topar con uno de los textos más cínicos de la literatura hispanoamericana. No se ama a las sirvientas. Se les desprecia, se les maltrata, se les odia. La fingida elegía retrata la mediocre hipocresía de la clase media latinoamericana. El "amo" se traduce en "detesto" a las sirvientas, porque... Porque se van. Se van sin previo aviso, meten sus bártulos en una valija, en una caja de cartón, y dejan a la señora en mitad de una crisis existencial. Porque no les gusta obedecer. Pero obedecen. Porque sitúan al patrón, que no quiere ser patrón, en su preciso rol de explotador. Lo sitúan del lado que no quiere estar, pero en donde está de veras. Y donde tiene que actuar como tal, porque si no, las criadas no obedecen. En el juego de roles, como en la lucha libre, se es técnico o se es rudo. Se es sirviente o se es patrón. De allí que hasta el más radical



izquierdista de clase media se encuentre obligado, por causa de la amada sirvienta, a actuar como los déspotas a los que denuncia.

Monterroso habla de “trabajo libre y contratación voluntaria”. El uso de términos técnicos o elevados para una situación u objeto que no lo es deriva en chiste. No está equivocado. Simplemente, está fuera de lugar. Sería como usar esos términos cada vez que el Lazarillo de Tormes encuentra un amo; o, mejor, cuando Robinson Crusoe se encuentra con Viernes. El recurso de llamar “trabajo libre” a un estado de semiesclavitud o de esclavitud moderna (como veremos adelante), llamar “contratación voluntaria” a la imposición de obligaciones que ni siquiera el vasallo medieval habría seguido, tales situaciones subrayan el deliberado intento de Monterroso por tratar un tema espinoso con los recursos de un ilustrado francés. El resto del breve artículo enumera incidentes de la vida familiar relacionados con la servidumbre y parecieran buscar la identificación del lector, una identificación avergonzada y cómplice.

Si Asturias describe a la sirvienta como una suerte de inconsciente mártir, si Castellanos Moya la describe como testigo compasivo y si Monterroso como un fantasma de la mala conciencia, en otros autores la sirvienta adquiere otras facetas. *Un mundo para Julius* (1986), de Bryce Echenique hace de Vilma, la doméstica de la casa de Julius, una de las especies de la iniciación. Julius vivirá sus primeros años sumergido en la vivaz atmósfera de la servidumbre, y, en esa atmósfera, verá el mundo a través de los ojos de “los de abajo”. El final de esa primera parte es ejemplar y, en cierto sentido, recuerda el texto de Monterroso. Santiago, hermano mayor de Julius, intenta violar a Vilma. Ella se resiste y los otros criados intervienen. Echan al joven, con violencia, de la habitación y denuncian lo ocurrido a los patrones. El comentario del padre es ejemplar: “Escucha, Susan: el chico está saliendo con muchachas: es natural que quiera desahogarse... En Lima, a su edad, no es fácil, ¿sabes?... La chola es guapa y ahí tienes... así es...” (1986: 86). La solución del jefe de casa es echar a la sirvienta. Por solidaridad, el resto de la servidumbre renuncia. En *Coronación*, de José Donoso, la sirvienta aparece como infiltrada. Al final de la novela, luego de haber sufrido por largo tiempo los abusos de la anciana matriarca, hace entrar, de noche, a un novio asaltante y a sus cómplices, quienes desvalijarán la casa. Se cumple uno de los temores inconscientes del patrón: que un día el explotado reviente de rabia y le pase la cuenta de las vejaciones sufridas. A veces, en la historia de los seres humanos, una situación aparentemente estable se subvierte gracias a un episodio fútil, a una casualidad, a un accidente sin importancia. Una bofetada a destiempo, una patada gratuita, un azote porque sí, pueden liberar el rencor, el resentimiento, el odio acumulados. Ese temor se encuentra siempre en las sociedades oligárquicas y por eso la represión es feroz, aun delante de hechos que, de otra manera, merecerían menor castigo o ninguno.

He invocado solamente cinco ejemplos literarios, aunque seguramente hay más, de la presencia de la servidumbre en la narrativa hispanoamericana. Uno podría pensar en otros ejemplos si ensancha el horizonte hacia otras literaturas, otras



lenguas, otros modos de pensar. Lacayos, mayordomos, geishas, peones y otros tipos humanos pueblan la imaginación de los narradores en todo el mundo. Quizá el más famoso es el del jardinero persa que pide a su patrón mandarlo a Ispahán. Esa mañana se ha topado con la Muerte y esta le hizo un gesto de amenaza. El patrón lo envía a Ispahán. Por la tarde, encuentra a la muerte y le pregunta porqué hizo un gesto de amenaza a su siervo. La muerte le aclara: “No fue un gesto de amenaza sino de asombro: estaba lejos de Ispahan y yo debía llevármelo esta noche en Ispahan” (1967: 96).² O el cuento del rey David que manda a un sirviente a buscar al hombre más sabio del mundo...

El azar ha querido que, mientras escribía estas vagas consideraciones literarias, apareciera en *el Periódico* de Guatemala una investigación periodística sobre las sirvientas en el país. En ella, Marta Sandoval describe, con el asombro algo ingenuo del que descubre lo que ha tenido siempre delante de los ojos, cómo viven las sirvientas en Guatemala. Inútil es repetir, con Marta Elena Casaus (2011), la organización oligárquica de Guatemala. Algunas pocas familias, descendientes de conquistadores o de europeos, acumulan la mayor parte de la riqueza del país. Para usar un antiguo dicho medieval hispánico, debidamente adaptado: “Ricos, nosotros. El resto, servidumbre”. Casaus enumera la no extensa lista de apellidos de abolengo que forman la garrula aristocracia criolla. Como en un perverso juego de espejos, la clase media adopta, hacia los más pobres, que son mayoría, idéntica actitud. Aún en la casa del más endeble rastacueros, hay sirvienta y ella ocupa, en casa, el lugar que en la sociedad tiene su patrón. Veamos el resumen de Sandoval (2012):

En Guatemala no es extraño que las empleadas domésticas sean siempre las primeras en levantarse y las últimas en irse a dormir. Es normal que trabajen de 6 de la mañana a 10 de la noche sin parar y que sus sueldos ni siquiera se acerquen al mínimo. Y no es extraño porque todo eso lo permite la ley. El Código de Trabajo tiene una sección especial para las trabajadoras del hogar, en el que establece que no tienen horario, que los asuetos oficiales no se aplican a ellas y que es lícito despedirlas si se enferman por más de una semana. La ley, por así decirlo, también las manda a comer en la cocina.

Podríamos decir que hemos hecho un salto del tema literario de la sirvienta a la descripción de la sirvienta en la realidad. ¿Cambia algo? Pareciera que no. Se abren dos posibles modos de pensar el tema. Uno es la cuestión del enunciador. Otro, la cuestión de la ficción y la verosimilitud.

Vayamos al tema del enunciador. Al oponer el texto de Marta Sandoval con los textos literarios enumerados antes, anotamos una divergencia: Sandoval se propone describir una realidad social; los narradores quieren describir personajes ficticios. El protagonista del texto de Sandoval no es una sirvienta; son todas las sirvientas

² Bioy y Borges declaran haber extraído el cuento de *Le Grand Ecart*, de Jean Cocteau.



reunidas en la abstracción del Código de Trabajo guatemalteco, que pone reglas a la explotación e imparte la injusticia. Ello no puede causar escándalo. Todo Código de Trabajo es una regulación de la explotación del trabajador, en el entendido de que protege al asalariado. La abominación casi cómica señalada por Sandoval es que, en el caso de las sirvientas, estimula y autoriza el maltrato.

Si la divergencia reside en el trato con lo real, la semejanza entre Sandoval y los autores de ficción está en que todos pertenecen a una clase social superior a la de las sirvientas. Todos simpatizan, en mayor o menor grado, con el personaje, pero hablan, para recuperar un desusado lugar común de la literatura latinoamericana: "con la voz de los que no pueden hablar". Así, Asturias se adjudicó el inexistente título de "Gran Lengua" y Neruda, con suave paternalismo, pudo decir: "Sube a nacer conmigo". Algunos fervorosos admiradores de autores que eran nuevos en 1970 utilizaron esa cualidad como una acusación, como si fuera inmoral (en el peor de los casos) o anacrónico (en otro caso todavía peor) relatar hechos provenientes de la realidad social o étnica: del indio, del negro, del minero, del chiclero, del campesino. Creo que uno de los autores más afectados por ese anatema insensato fue José María Arguedas. Me parece que Antonio Cornejo Polar dio una respuesta inteligente, sutil y satisfactoria.

Tenemos, de todos modos, un testimonio de una persona que fue sirvienta. En Guatemala, en 1982, Rigoberta Menchú había hablado de lo mismo, en un pasaje de su libro *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983). Se trata del capítulo XIV: "Sirvienta en la ciudad" (1983: 117-127). En este caso, no se puede decir a Rigoberta que está hablando de una clase social diferente a la suya. Su testimonio es más vívido, por el colorido lenguaje castellano que utiliza. Y quien conoce la realidad local, no puede llamar hipérbole al retrato esperpéntico de la señora, del señor, de sus hijos. La capacidad de Rigoberta, que es una capacidad literaria, está en acuñar, en un medallón, lo que otro diría en una larga descripción discursiva. Sin mayor retórica, relata:

La comida que me dieron era un poquito de frijol con unas tortillas bien tiesas. Tenían un perro en la casa. Un perro bien gordo, bien lindo, blanco. Cuando vi que la sirvienta sacó la comida del perro. Iban pedazos de carne, arroz, cosas así que comieron los señores. Y a mí me dieron un poquito de frijol y unas tortillas tiesas. A mí eso me dolía mucho, mucho, que el perro había comido muy bien y que yo no merecía la comida que mereció el perro (1983: 118).

He dicho, unas líneas atrás, que los literatos muestran a la sirvienta como mártir, como testigo, como iniciadora, como infiltrada. Podríamos aventurar que Sandoval y Rigoberta Menchú hablan de la sirvienta como es. Ello nos conduce al tema de la ficción y la verosimilitud.

Al final de un razonamiento no exento de laberintos y digresiones, Paul Ricoeur llega a una admirable conclusión, que puede condensarse, prudentemente, en el siguiente aforismo: "Toda configuración discursiva es una ficción" (1988: 288). Las



consecuencias del postulado coinciden con las de Hayden White: la narratividad, propia de la literatura, resulta nociva para la historiografía. Apenas el historiador incurre en el relato, incurre también en la ficción.

El corolario, para el tema que estamos razonando, sería que no solamente el relato de, digamos, Alfredo Bryce Echenique pertenece al universo de la ficción. También el de Rigoberta Menchú. Por absurdo, solo puede describir la realidad una somera enumeración. Un buen historiador, según esa concepción reductiva, asemeja a un buen perito contador.

El exhaustivo razonamiento de Ricoeur adolece de un agotador solipsismo. Se olvida, o quiere olvidarse, de una cuestión fundamental: la realidad está allí, delante de nuestros ojos. Pueden nuestros defectuosos sentidos percibirla distorsionada, alterada, parcial, alucinada. Pero está allí, como el poste de la luz en que me estrello si me obstino en considerarlo un engañoso sintagma. Es verdad que la palabra "perro" no muerde, pero el perro, cuando muerde, hace daño. La doctrina postmoderna y sus derivaciones postulan que la realidad es una construcción cultural. Muy bien. En tanto, en la realidad de todos los días, hay una persona que, silenciosamente, acerca la taza de café al intelectual postmoderno que diserta sobre la irrealidad del ser. Esa persona es un sirviente o una sirvienta. Tranquilos. No existe. No existe en la realidad. No existe en la producción cultural. A menos que no todo sea una ficción.

BIBLIOGRAFÍA

- Asturias M.A., 2000, *El Señor Presidente*, ALLCA, 2000, Madrid.
- Bioy Casares A., Borges J.L., 1967, "El gesto de la muerte", en *Cuentos breves y extraordinarios*, Santiago Rueda, Buenos Aires.
- Böll H. [1971] 2011, *Retrato de grupo con señora*, RBA Libros, Barcelona.
- Borges J.L., 2011, *Miscelánea*, De Bolsillo, Madrid.
- Bryce Echenique A., 1986, *Un mundo para Julius*, Círculo de lectores, Barcelona.
- Burgos E., 1983, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, Editorial Argos Vergara, Barcelona.
- Calvino I., 1988, *Lezioni americane*, Einaudi, Torino.
- Casaus M.E., 2011, *Linaje y racismo*, FyG editores, Guatemala.
- Castellanos Moya H., 2010, *Tirana Memoria*, Tusquets, Barcelona.
- Castellanos Moya H., 2011, *La sirvienta y el luchador*, Tusquets, Barcelona.
- Covarrubias S. de, [1621] 1979, *Tesoro de la lengua castellano o española*, Ediciones Turner, Madrid, México.
- Donoso J., 1957, *Coronación*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile.
- García Lorca F., [1936] 2005, *La casa de Bernarda Alba*, Cátedra, Barcelona.
- Monterroso A., 1972, *Movimiento perpetuo*, Era, México.
- Ricoeur P., 1988, *Tempo e racconto, Vol III*, Jaca Book, Milano.



Sandoval M., 2012, "El discreto encanto de la mujer en la cocina", en *elPeriódico*, Guatemala, domingo 27 de mayo de 2012. También en <http://www.elperiodico.com.gt/es/20120527/domingo/212757/?tpl=54> (27.05.2012)

Dante Liano (1948) es Catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad Católica de Milán. Ha escrito novelas, cuentos, ensayos y artículos de crítica literaria. Miembro de varios comités científicos de revistas académicas. Premio Nacional de Literatura de Guatemala en 1991.

dante.liano@unicatt.it